

Miguel Hernández realizó su segundo viaje a Madrid a mediados de marzo de 1934, y con un propósito prioritario, el de entrevistarse con José Bergamín, a fin de tratar acerca de la publicación, en *Cruz y Raya*, del auto sacro que venía elaborando y que, a la sazón, ya estaba muy avanzado. Creo admisible aventurar que entre ambos pudo desarrollarse una plática más amplia, una plática amistosa que no se circunscribiese estrictamente a la pieza teológica hernandiana. El oriolano le pondría al corriente, entre otras cosas, de su pueblo, de lo que hacía y pensaba hacer su gran seguidor bergaminiano Ramón Sijé.

No puede descartarse que se refiriesen también a cómo se presentaba la temporada taurina, con la expectativa de diversos alicientes, desde comprobar si Domingo Ortega seguía mandando en el escalafón y si los toreros mejicanos continuaban apretando y manteniendo su extraordinaria frecuencia en los carteles, hasta la anunciada apertura, en otoño, del nuevo coso madrileño de Las Ventas, y enfatizando probablemente las reapariciones de Juan Belmonte, de Rafael Gómez el Gallo, y por supuesto la de Ignacio Sánchez Mejías, tan amigo de Bergamín.

Pero retomando el pretexto básico de la visita, parece que llegaron enseguida a un acuerdo satisfactorio para una muy próxima edición de la pieza, acuerdo que le reportó al poeta el tan suculento como generoso anticipo de 200 pesetas, de las de entonces, a cuenta de sus derechos de autor. Logrado su objetivo, permanece unos pocos días en la capital de España, en los que tiene la oportunidad de conversar con Concha de Albornoz y con algunos escritores.